

arrojan un superávit de la Balanza de Transferencias de 163 millones de dólares en 1961 a 1.367 millones de dólares en 1973, y por las entradas de capital extranjero, factores a los que hay que añadir el incremento de las importaciones y el no menos acusado de las exportaciones, debido en buena parte este último a "las posibilidades de utilización de una mano de obra comparativamente barata y a la que se puede todavía imponer unas condiciones de trabajo —en un marco institucional bien peculiar— que cada vez se hacen más difíciles en otros países europeos" (página 256). Todos estos factores apuntan hacia una nueva estructura económica definida, según García Delgado, entre otros, por los siguientes hechos: la progresiva importancia del sector terciario en la composición sectorial de la producción, que el autor achaca al proceso de urbanización ya aludido; la crisis de la agricultura tradicional, consecuencia en buena medida del hecho anterior, y el crecimiento y reconversión de numerosos sectores industriales. Todo ello lleva, naturalmente, a que la economía española se configure, cada día más, como dependiente y progresivamente vulnerable. Las posibilidades de continuidad del sistema económico descrito las ve García Delgado indisolublemente vinculadas a la reforma institucional, uno de cuyos pasos básicos sería la transformación de la organización sindical actual, y a "una amplia, profunda y radical reforma fiscal" (página 268).

Completan el libro una relación alfabética de la bibliografía citada, en la que figuran 321 entradas, y un útil índice de nombres.

Nos encontramos ante un libro hecho, fundamentalmente, a base de libros, en el que un historiador de la economía deslinda campos y señala problemas, procediendo a una especie de "ajuste general de cuentas" con la bibliografía especializada más reciente y cuya lectura revela notable acopio de conocimientos y lecturas previas tan numerosas como meditadas. ■
FERNANDO REIGOSA.

LA QUIEBRA DEL PODER ABSOLUTO

LA aparición en edición de bolsillo de la obra, ya clásica, de Josep Fontana, "La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820" (Ariel quincenal), es una prueba del interés con que el público ha acogido la labor de los historiadores de recuperar nuestro pasado en su totalidad, y para todos los españoles, frente a la corriente que trató de imponerse al país en la cual la Historia era una mera relación de fechas y datos, sazornado todo ello con un claro maniqueísmo al hacer una división entre buenos y malos, según condujeran, o no, hacia la defensa del "imperio" o a consolidar al país como reserva no sabemos bien de qué.



Para el profesor Fontana, la quiebra del poder absoluto se va a producir, justamente, durante su reimplantación después del ensayo liberal de 1812, años en los que las contradicciones existentes dentro del bloque en el poder se agudizan, poniendo de manifiesto la disparidad de intereses existentes entre la aristocracia y la nobleza, dominadoras todavía del aparato ideológico, político y en buena medida el económico, y la burguesía en ascenso, que reclama ya, en alianza con el artesanado y parte del campesinado, su papel en la Historia.

En el aspecto económico, que es el que ha sido estudiado por

Fontana en esta obra, en profundidad, la Hacienda Pública se encuentra en clara bancarrota, y esto no es posible achacarlo solamente a la miopía de los hacendistas, ya que las nuevas relaciones comerciales que se han impuesto, así como la destrucción del país por la guerra o el endeudamiento a que su financiación había llevado, les exoneraba en alguna medida de responsabilidad; lo que sí les es imputable es su negativa a tomar cualquier medida que pudiera afectar a los intereses de los grupos privilegiados, en definitiva, a alterar en lo más mínimo el viejo "orden".

Si las arcas públicas se habían nutrido hasta principios del siglo XIX, aparte, claro está, de los ingresos tributarios (que pagaban los más, es decir, los que menos tenían), del oro de las Indias y en menor medida de la Deuda, la guerra, al eliminar drásticamente los envíos americanos y al imposibilitar, en buena parte del país, el cobro de los impuestos, hizo que esta última, la Deuda, tomara sobre sí la financiación del conflicto bélico. Pero una vez finalizada la contienda hubieran sido necesarias una serie de medidas que hicieran recobrar al país, y a los inversores foráneos, la confianza en la gestión y en la estabilidad del Estado. Medidas que no sólo no fueron tomadas, sino que, por todos los medios, se hizo ver que no se tomarían. Pero veamos el comportamiento de los distintos grupos sociales y la actitud que tomaron ante el problema, según el estudio que de los mismos hace Fontana.

El clero, y aquí hemos de entender que se está refiriendo al alto clero y a las órdenes regulares, al ser éstas las grandes detentadoras, tanto de bienes muebles como inmuebles, ya que la gran mayoría del clero, perdido entre los pueblos del país, se movía en condiciones muy similares a las de sus convecinos menos privilegiados, se opone a cualquier medida que pueda suponer la mínima alteración de su privilegiado "status", y así la alianza Trono-Altar sufrirá diversas alternativas a través de estos años, pero, a pesar de la

tendencia negativa que sus relaciones van tomando, evitará siempre la ruptura, lo que les va a permitir llegar a 1876, en que se consolidarán un nuevo tipo de relaciones plasmadas en el primer Concordato.

Así la jerarquía eclesiástica, que había colaborado con los liberales en su lucha contra los franceses, busca ahora en la figura de Fernando VII el apoyo contra las "heréticas" medidas tomadas en las Cortes liberales, y entre las que habría que destacar el intento de implantación de la contribución única. Sin embargo, se encontraría con que, aunque en menor escala, los absolutistas pretenderán, frente a los bienes eclesiásticos, lo mismo que los liberales, aunque, eso sí, ahora apoyados en prerrogativas regias y en bulas papales. Así la alegría de 1814 va transformándose en oposición y falta de colaboración, cuyo máximo exponente se alcanzará en 1818. No supieron ver que el Estado no podía seguir prescindiendo de la colaboración económica de un estamento que controlaba aproximadamente un quinto de los ingresos nacionales y que al contribuir a su desmoronamiento estaba contribuyendo a su propia ruina.

Por otro lado, el conflicto había roto el tráfico comercial con las colonias y esto produciría la ruina de otra de las fuentes de ingreso de la Hacienda, como es la que proporcionaba el comercio americano a través de sus dos grandes cabezas de puente: Cádiz y Barcelona. Pero mientras en Cádiz esto supondría el final de una época al ser un simple centro reexpedidor de productos extranjeros, en Barcelona, cuyas exportaciones están compuestas en una mayor proporción por productos autóctonos, la falta de demanda colonial impide que todo un montaje precapitalista, basado fundamentalmente en el aguardiente y en la industria textil, siga funcionando, ya que todavía no ha sido estructurado un mercado nacional que haga posible la absorción en el interior de sus productos. Lógicamente, la burguesía, que hasta ahora había pactado con el absolutismo, en

cuanto representante de un orden económico, su renuncia al mercado interior a cambio del colonial, cuando tiene la certeza de que la pérdida es irreparable, rompe su pacto y busca un mayor protagonismo, para lo cual no dudará en apoyarse en las clases inferiores reclamando, como primera medida, una reforma agraria que permitiera tanto la liberalización de mano de obra campesina como la posibilidad de que el agricultor dispusiera de un excedente monetario con el cual pueda comprar sus productos.

En definitiva, Fontana nos muestra el gran fracaso de unos hombres que fueron incapaces de ver que las causas del desastre no estaban condicionadas por una determinada concepción política, salvo en cuanto ésta era exponente de unos intereses que pretendían mantener unas relaciones de producción de carácter señorial, un mercado sin estructurar en el que la periferia importa trigo del exterior mientras, normalmente, sobra en el interior, etcétera, y en el que, en definitiva, los grandes propietarios, nobleza y clero, querían seguir sin querer contribuir al mantenimiento de un Estado del cual eran los únicos beneficiarios. ■ VALENTIN MEDEL ORTEGA.

A VUELTAS CON «EL NOI DEL SUCRE»

EN la vida política catalana del primer cuarto del siglo XX, las tres figuras más significativas, representantes de tres sectores sociales distintos e incluso opuestos, son, sin ninguna duda, Prat de la Riba, Francesc Layret y Salvador Seguí. Como señala Manuel Cruells, escritor suficientemente conocido por sus obras de divulgación de la historia catalana de nuestro siglo, y autor del libro que ahora comentamos (1), "aquestes tres figures han quedat en la nostra memòria històrica com una mena de llegenda per les seves aportacions tan

(1) CRUELLES, Manuel: "Salvador Seguí, El Noi del Sucre". Ed. Ariel. Barcelona, 1974. 234 pàgs.

en el camp de les seves respectives ideologies com en el de les seves realitzacions orgàniques". Pese a ello, hasta fechas muy recientes no se publicaron estudios rigurosos sobre ninguna de ellas, por lo que sus concepciones y su obra política sólo permanecían en el recuerdo de quienes vivieron aquella época o en los testimonios más o menos hagiográficos publicados en bastantes casos fuera del país. Afortunadamente, en los últimos años, varios estudiosos catalanes han empezado la labor de rescate y difusión de unos planteamientos y personajes de importancia histórica innegables. Y así, tras los trabajos de Solé Tura y Arnaud-Jardi sobre Prat de la Riba, y la biografía de Layret escrita por Joaquim Ferrer, ahora el libro de Cruells sobre Seguí cubre el último hueco en la trilogía señalada y abre camino para nuevas investigaciones sobre estas figuras y la época en que desarrollaron su actividad.

De todas formas, el último libro no es equiparable por entero a los anteriores. Cruells no es, en sentido estricto, un historiador, y su obra se resiente a veces por ello. En especial, esta limitación se hace visible en el tono predominantemente narrativo, en las insuficiencias, lagunas o errores de su enfoque general de la situación de Cataluña y la clase



obrera catalana en las dos primeras décadas de siglo, y en la profusión de juicios de valor de carácter ideológico o político